

# Esperando al Sensei



**Pedro Martín González**

**Kenshinkan dôjô 2017**

Bajaba la avenida con tal vehemencia, y a una velocidad tal, que creí, sinceramente, que iba a matarse estrellando su cráneo contra el suelo del asfalto.

No paró ante mi insistencia. Siguió adelante en su carrera, pero, a partir de ese momento, caminando a un paso más que ligero, firme y determinado.

Nunca la había visto tan feliz. Esto lo comprobé a pesar de no cruzar con ella más que unas cuantas palabras. “Me espera Julio en casa” - me dijo. Y la cara se le iluminó.

Creo que aquella emoción que expresaba, en la antesala del encuentro tan deseado con la persona a la que amaba, hacía de ella, en aquel mismo instante, una mujer absolutamente feliz.

Yo seguí mi camino, dirigiéndome al dôjô. Tenía que preparar mi equipaje y, también, trabajar con mi Budô para el encuentro que me esperaba en las jornadas que habrían de llegar.

Pasados unos días, tomé varios aviones, autobuses y trenes de cercanías; algunos de estos últimos, viejos ejemplares, casi obsoletos, en el panorama del transporte de vanguardia que puede observarse en un país como es Japón.

Cuando, finalmente, llegué a la estación en la que tenía que bajar, habían transcurrido ya dos días desde mi partida de España. Llegaba solo, cargado con mi mochila y mi voluntad. Un viento, más que gélido, me cruzó la cara, y gracias a él desperté de mi euforia para situarme en la realidad inmediata: tenía que coger un taxi, o caminar entre las granjas, para llegar con éxito a mi destino.

Opté por lo primero, pero allí no había nadie a quien poder consultar. Un lugareño, con gran amabilidad, llamó con su teléfono móvil a un coche. Pudimos entendernos -y, lo que era aún más importante, resolver la situación- indicándoles, tanto a mi ángel salvador como al propio taxista, el propósito de mi viaje.

Estaba cansado y me dejé llevar. Me senté en el taxi sin hacer preguntas, quería disfrutar del paisaje, las montañas, el río, la visión de las casas aisladas en medio de unos arrozales entonces vacíos.

Después de diez minutos de conducción, apareció un lugar que a mí me pareció único. En efecto, aquel hogar iluminado en medio del pequeño bosque que lo cobijaba se mostraba cálido y acogedor en una tarde que, por el contrario, se presentaba fría y solitaria. Me recibieron con una educación exquisita.

Dejé mi mochila en la que habría de ser mi habitación durante la semana que pasaría allí y, después de tomar una ducha caliente, cambiarme y ordenar mis cosas, fui al encuentro de mis anfitriones, que ya me esperaban en el salón de aquel pequeño hotel rural.

Fue una tarde de esas que uno guardará siempre en su corazón por haber despertado un anhelo casi, casi, sagrado, como algo eterno, sin dueño.

Encendimos el fuego de la estufa de leña. Había comenzado a nevar y esperábamos a una amiga, una mujer a la que yo debía mucho, pues durante un año me había ayudado con sus llamadas, sus correos, sus propuestas y su persuasión, para que todo aquello se hiciera realidad.

Siempre estaría en deuda con ella.

Mi amiga llegó pasada la media tarde y nuestro reencuentro, después de tres años sin vernos, fue también un motivo de alegría para ambos. Nos habíamos conocido en Calcutta, mientras deambulábamos por las calles después de acudir a trabajar en los centros de la Madre Teresa para aportar, también nosotros, nuestro pequeño grano de arena en esa causa infinita que es la erradicación de la pobreza más extrema de aquella Ciudad única.

Nuestros anfitriones del establecimiento rural eran dos artistas de la palabra. Disfrutamos de la conversación y, también, de los “Nocturnos” de Chopin, que mi amiga improvisó mientras tomábamos un café.

Yo sentía que estaba ya en el territorio de la Felicidad.

Sabía que todo aquello era la antesala de algo mayor, un acontecimiento que habría de llegar más adelante, pues el maestro de Bujutsu a quien habría de conocer esa misma noche había sido invitado a cenar con nosotros.

Ni que decir tiene que me sentía inquieto pero, a la vez, emocionado y agradecido.

Quedaba más de una hora para la esperada cita con el Sensei. Mi mente quería ir hacia adelante pero la contuve como pude. Sabía que la Felicidad se encuentra en la antesala de los acontecimientos que se presentan en la vida, así que elegí quedarme tranquilo junto al fuego, conversando con mi amiga y mis anfitriones, escuchando a Chopin, mirando tras las ventanas cómo iban llenándose de nieve los campos de arroz, cómo esa luz increíblemente naranja de la tarde dibujaba el contorno de aquellas montañas con las que yo tanto había soñado.

Sí. Elegí todo, antes que pensar en el futuro inmediato y preparar mi primera entrevista con mi profesor, porque sabía que había llegado a ese lugar que todos buscamos, a ése lugar que está a un paso de nuestra meta, a ese lugar que mantiene nuestro corazón en un puño, a ese lugar que nos enciende, eleva y transforma, a ese lugar que es antesala y sala de espera, a ese lugar donde reside el verdadero júbilo, la verdadera Felicidad.

Llegada la hora acordada llamaron a la puerta y apareció el Sensei. Se sucedieron las presentaciones, las primeras palabras e impresiones, las preguntas que pretenden acercar las personalidades de unos y otros, las ideas y opiniones. Casi no tuve tiempo de darme cuenta y ser consciente del momento que estaba viviendo. Fue una cena entrañable y muy productiva para mí y para mis perspectivas futuras de aprendizaje.

Pero, cuando todo volvió a la calma y me retiré a mi habitación a descansar, volví a pensar en ella –en la Felicidad- que se había quedado varada en la espera, en aquellas horas previas al encuentro con el maestro, cuando todo estaba por suceder y las cosas eran, a la vez, una realidad real y una utopía verdadera. Lo hacía, sí, con el afán de traerla, de nuevo, junto a mí, pero fue una empresa imposible porque ella se había ausentado ya de mi lado, del pequeño y apartado hotel rural, de aquel campo de arrozales entonces vacíos, de aquel país increíble.